



UN TRABAJO
EN VENEZUELA

Roland Ballester

UN TRABAJO
EN VENEZUELA



Primera edición: octubre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Roland Ballester

ISBN: 978-84-18958-42-7

ISBN digital: 978-84-18958-43-4

Depósito legal: M-29491-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi hijo Maksim
y mi esposa Yulia*

ÍNDICE

ÍNDICE	9
PRÓLOGO	11
MARACAY	15
EL VIAJE	17
GOLPE	25
LA REUNIÓN EN EL ÁTICO	31
LOS PROYECTOS.....	35
CAVIM	37
LA MARIPOSA	39
LA CADENA DE SUMINISTRO	41
EL DÍA DESPUÉS.....	45
PRIMERO DE MAYO.....	49
LA VISITA A LA MARIPOSA	53
LA VISITA A CAVIM.....	59
GARGANTA PROFUNDA.....	67
LA CENA	77
LA VUELTA	81
RESCISIÓN DEL CONTRATO (РАСТОРЖЕНИЕ-ДОГОВОРА).....	87
LAS VELADAS EN EL HOTEL.....	101
LA VISITA A CAVIM EN CARACAS	105
LOS PROBLEMAS CRECEN	109
LA NUEVA EMPRESA.....	111
EL ATAQUE DE KOZLOV	117
UN NUEVO RETO	119

DE VUELTA AL PARAÍSO.....	123
ÚLTIMO VIAJE.....	129
LA FIESTA.....	133
EN MADRID	137

PRÓLOGO

Escribo esta narración con el propósito de poder recordar con detalle en el futuro esta experiencia vital, que no está basada en hechos reales; son hechos reales, quizás algo tamizados por el cristal por el que miré.

Para una persona habituada a vivir y trabajar bajo estándares socioeconómicos europeos, enfrentarse a una realidad vital tan distinta ya es en sí mismo un *shock* importante.

Si además añadimos la situación política, social, económica e incluso geoestratégica de Venezuela al filo del 2020, sin duda supone un auténtico reto para quienes hemos vivido siempre bajo el paraguas de una sociedad segura y proteccionista o, si me apuran, dentro de una burbuja casi hermética de confort relativo.

No hay que buscar mucho en la red para descubrir cómo es el país, su belleza, su miseria, su riqueza, su criminalidad, su peligrosidad. Es el mundo real, es lo que hay fuera de los muros que rodean nuestro paraíso inventado. Es así como vive la inmensa mayoría del planeta. Nosotros somos la excepción, la punta de la pirámide, el castillo a conquistar, el señor feudal.

Y sin embargo la vida corre allí, en un lugar paradisíaco del que es fácil enamorarse. Un lugar donde la vida, por efímera, adquiere un sabor más intenso.

Dada la sensibilidad de algunas de las actuaciones o informaciones que manejé en esta aventura, y el poder de alguno de los personajes de esta narración, he preferido renombrarlos, aunque todos son reales, esconder otros, cambiar algunas fechas, lugares,

y algunos datos para mantener mi propia seguridad y la de mi familia, que no creo que esté en peligro, pero después de lo vivido, nunca se sabe.

Hallé unas tierras,
las más hermosas del mundo
CRISTÓBAL COLÓN, 1498

MARACAY

Negra, negra, otra camiseta negra... Debo hacer la maleta y me encuentro saqueando el altillo de mi armario en busca de ropa cómoda, fresca, protectora..., vamos, todo en uno.

No era consciente de que tenía tanta camiseta negra. Menos mal que al menos tengo tres o cuatro camisas de lino de manga larga y cuello Mao. Ya veré cómo las voy lavando en el hotel para pasar los diez días.

Gracias a san Google me informé de que los colores más atractivos para los mosquitos son el negro y el rojo. Aunque no sé si me daba más respeto eso o la situación política tan inestable que hacía parecer al país un auténtico polvorín.

Venezuela no ha llegado todavía a la época de lluvias, así que, aunque el calor será duro y la insolación agresiva, no se espera que haya demasiados mosquitos, más gustosos de las lluvias.

Sin embargo, prefiero cubrirme bien los brazos y usar un aromático repelente para las noches ya que, esta vez, voy sin vacunar. Hace cuatro o cinco años viajé a India bien vacunado, así que solo me queda confiar que me quede algún recuerdo de aquellas inyecciones. No me gustaría tener que ser atendido por el sistema sanitario de un país en el que no se encuentran medicamentos para la población.

Lo habitual en un viaje a Venezuela es llevar un lote completo de medicinas para tus conocidos con sustancias tan sofisticadas como ibuprofeno, paracetamol o insulina. Pero, en fin, quiero pensar que el riesgo de contraer malaria o algo similar es mínimo. Eso sí, en mi caso, no me faltan paracetamoles en la maleta.

Otra de mis preocupaciones era la inestable situación política del país. Juan Guaidó, como presidente de la Asamblea Nacional, estaba en pugna directa con el presidente de la república, Nicolás Maduro, ambos tratando de dirigir al país por caminos opuestos. El país estaba socialmente dividido. Los altercados entre Gobierno y oposición se sucedían y dibujaban un perfil de país altamente conflictivo. Los amagos de intervención militar exterior de los Estados Unidos de América, denunciados por Cuba, las hostilidades fronterizas con Colombia, las arengas televisadas del presidente, increpando tanto al imperio norteamericano como al español (ya de paso), la detención del propio Juan Guaidó, aunque por unos minutos por agentes del SEBIN, son un ejemplo de la frenética actividad subversiva de unos y represiva de otros. En estas circunstancias, un viajero con pasaporte español no sabría muy bien a qué atenerse ante el más mínimo incidente con un agente de fronteras o cualquier policía corrompido hasta las trancas.

Y qué decir de la gente, de los venezolanos y venezolanas, sufridores en su mayoría de esta situación hasta el límite de la supervivencia desde hacía años. ¿Acaso alguien les reprocharía cualquier acción delictiva contra un extranjero por sobrevivir? Hablo de robar, pero también de matar si fuera necesario para llevar unos dólares a tu familia.

EL VIAJE

Vuelo de Iberia IB6673 de las 11:55 del 29 de abril de 2019. A punto de despegar. Tomo asiento. Confieso que me siento algo abrumado: es la primera vez que vuelo en *business* en un viaje transoceánico. Me tomo mi tiempo para ordenar neceser, manta, almohada y para entender cómo funciona el asiento superreclinable. Después de emplear un buen rato, sigo con la pantalla de entretenimiento. Una sonriente y amable auxiliar de vuelo me ofrece zumo, cava, algún licor..., ¡antes de salir! ¡Qué poca costumbre! Como pez fuera del agua.

En esto veo que se vuelve Antón hacia mí, con una sonrisa, casi risa, rodeada por su barba poblada y aspecto caballeresco del XIX, impecable, y me pregunta: ¿qué tal? Digo que bien, claro, ¿qué voy a decir?, aunque ambos sabemos que no estoy contento. Llevo un mes en la compañía y ya estoy de viaje hacia Venezuela, donde mi empleador me dijo cuando me reclutó que apenas hacía falta que yo viajara. Intentaba convencerme a mí mismo diciéndome que quizás no volvería a visitar Venezuela en mucho tiempo. No me lo creía ni yo, pero allí estaba, con Antón, un excelentísimo señor de los negocios, un auténtico *gentleman* al que no se le escapaba una, y gran amigo de Iosu, mi jefe, mi reclutador, el dueño de la empresa, el puto amo.

El caso es que cuando Antón se dirigía a mí con esa medio risa, era imposible decir que no. Y seguro que ese es parte del secreto de su éxito. En cambio, yo no puedo sonreír cuando pienso que me dirijo a un lugar que está solo un escalón por debajo de ser zona

de guerra. No estaba cómodo. No me sentía seguro. No conocía tanto a estos dos sujetos con los que me embarcaba en una nave con destino la jungla. Bueno, estaba acojonado.

La web del Ministerio de Asuntos Exteriores desaconsejaba viajar a Venezuela excepto por auténtica necesidad. Y allí iba yo, ¿qué puede salir mal?

Nada. Es lo que le dije a Yulia que se quedaba con Maksim, y a mis padres. Voy con dos personas más que conocen el país y todo. No os preocupéis. Yo estoy tranquilo, ¿o no me veis? Solo voy a trabajar. No me voy a meter en líos.

Me consta que no se quedaban conformes, pero en mi familia tenemos la fantástica costumbre de ocultarnos las emociones y sentimientos negativos entre nosotros para no influirnos. Yo trataba de no preocuparles y ellos tampoco a mí. ¡Estúpido juego! E inútil.

Mi función en la compañía inicialmente era encargarme de todo el suministro de materiales y equipos a los proyectos en Venezuela. La producción interna del país era casi de subsistencia en 2019. Además, había que contar con que los Estados Unidos de América sancionaban a todas las empresas que comerciaban con el país, por lo que el reto de sortear ese embargo era cuando menos apasionante. Luego comprobé que el bloqueo comercial no era tan hermético, siempre había alguna forma de llevar decenas de contenedores a Puerto Cabello desafiando los deseos de Mr. Trump.

Volvamos al vuelo. Iniciamos el despegue. Pido un poco de agua para tomarme una pastilla para dormir. Veo a Antón y a Iosu que están juntos con documentos, el portátil, etc. Y yo paso. Me pongo una peli y a dormir.

Ocho horas más tarde llegamos a Santo Domingo.

—¿Santo Domingo? ¿Qué ha pasado?

—Nada, Iberia hace escala en Santo Domingo antes de llegar a Caracas para cambiar de tripulación.

—Y ¿por qué no cambian en Caracas?

—Por motivos de seguridad, no pernoctan en Venezuela sino en Santo Domingo. Así que el vuelo hace escala allí, completamente innecesaria más que por la seguridad de pilotos y azafatas.

—Ah. Perfecto. Ahora sí que me quedo más tranquilo.

No me lo podía creer. Cada cosa que ocurría nos recordaba que íbamos a un país peligroso. Ni la tripulación de Iberia, que tendrá el culo pelado de volar a países conflictivos, se atrevía a hacer noche en Venezuela. Y yo iba a hacer nueve.

Bueno. Voy a intentar dormirme otra vez estas dos horas que quedan hasta Caracas.

Por fin estamos en plena aproximación. Verdaderamente la vista desde la ventanilla es espectacular. El mar, la playa, la ciudad, el sol, el reflejo en el agua. Desde el aire, el paisaje montañoso y boscoso que se funde con el mar daba la bienvenida más a unas vacaciones que a un viaje de trabajo.

En tierra nos preparamos para salir. Antón se me acerca y me dice:

—Vamos los tres juntos que nos pasamos la cola del control de pasaporte.

—Anda, ¿y eso? Qué bien.

—Sí, los chocolates que hemos comprado en el *duty free* son para una agente que conozco y que nos dejará pasar sin preguntas.

—Flipo, pero guay.

De momento agarro mi equipaje de mano, que es el único que llevo. Además de tratar de no perder tiempo recogiendo maletas, no me hacía gracia que se perdieran o, peor aún, que alguien las tocara. ¡Vamos! Que no me fiaba. Así que mi equipaje iría siempre conmigo.

Llegamos al control y preguntamos por esa agente que justo no está, así que tenemos que esperar a alguien que finalmente nos pasa casi sin mirarnos los pasaportes. Reconozco que si hubiera estado habría sido genial, pero al tener que esperar, casi fue como hacer cola, aunque eso sí, sin ninguna tensión. Un agente de inmigración siempre impone y más en un país cuyas libertades y

derechos son cuando menos subjetivos. Suena miserable, pero, por unas chocolatinas...

Ya esperando las maletas, las de los demás, claro, yo llevaba mi equipaje de mano para no esperar este rato... Se va la luz... Nos topamos poco a poco con la realidad venezolana. El suministro eléctrico es intermitente, incluso para el aeropuerto. Así que esperamos a 40 grados durante más de 30 minutos a que se ponga en marcha la cinta de las maletas. Toda una bienvenida. Alrededor se ven carteles en los que se exhorta a denunciar la corrupción en los aeropuertos. Después de saltarnos así la cola de la frontera, da un poco de risa, ¿no?

Agarramos las maletas y después del escáner, Marcelo nos espera. Atravesamos un tapón de asistentes de equipaje de saldo que se ofrecen sin rubor.

Marcelo es la mano derecha de Iosu, mi jefe, en el país. Un curtido economista, amigo personal y consejero que se encarga de vigilar y engrasar la estructura de la compañía en la ejecución de los proyectos incluso con las instituciones.

Me presentan y vamos al coche que nos lleva a Maracay. El coche es un todo terreno espectacular, Toyota, completamente americanizado por su tamaño y confort, blindado, tintado y que como accesorio *executive* porta una pequeña arma bajo el posabrazos.

El arma no la vi. Me lo explica Marcelo mientras me da una serie de recomendaciones sobre mi seguridad en el país que se resumían en una: no salir nunca solo, siempre acompañado por alguien de la empresa. No mostrar nunca, ni solo ni acompañado, objetos de valor: reloj, móvil, joyas..., si no estás dispuesto a morir o matar por ellos.

Exageraciones, digo yo. Si fuera así, habría asesinatos cada día.

Los hay, ríe Marcelo. La vida vale poco en Venezuela. Este carro lo traemos de los Estados Unidos y lo llevamos a blindar y a tinter. Son unos 2.000 kilos de blindaje además de lo que ya pesa el carro. El modelo es el mismo que usan como coche oficial muchos cargos del Gobierno, así que le quitamos las placas y la Policía ni nos para.

O sea, que el coche es antibalas, anticacos, antipolis, antitodo... Dentro, la oscuridad. Incluso con un día radiante parece de noche. Las ventanillas no se bajan y cuesta ver algo a través de ellas.

Me sigue pareciendo excesivo, pero prefiero eso que lo contrario, claro está. Además, si uno pasea por la calle en Caracas o Maracay, se da cuenta de que solo hay dos clases sociales, la pobre y la otra. Y la pobre hace lo que sea por sobrevivir. La otra trata de atrincherarse para defender lo que tiene. No juzgo.

El trayecto de Maiquetía a Maracay es de una vista espectacular. La autopista deja atrás los rascacielos de viviendas sociales terminadas y sin terminar para surfear sobre los barrios, que son aglomeraciones coloristas de favelas insalubres, pero ya totalmente establecidas. Son barrios enormes. Sí, estas aglomeraciones se llaman barrios aquí. Decir que vives en el barrio tal o cual es que vives en lo peor. Ascenden por las colinas con casas enracimadas, amontonadas, superpuestas, cada una de su vivo color. Cuando uno pasa cerca, quiere entrar. Parece una obra de un artista que ha gastado toda su paleta ocultando la miseria. Pero cuando uno piensa en falta de saneamiento, ratas, enfermedades, mafia, miseria, hambre, droga, prostitución, muerte... pase de mi esta manzana lustrosa y envenenada.

Salimos por zona montañosa y selvática, entre valles cerrados de vegetación imposible, entre un tráfico de vehículos lentos con más de 40 años de kilómetros en los cilindros, y entre ellos otros de alta gama, como el nuestro, zigzagueando al máximo que permite el trazado.

Me esfuerzo por pensar que, con tanto refuerzo, el vehículo no colapsaría sobre los ocupantes en caso de colisión o despeño. Así que mejor reclinar me en el asiento trasero y relajarme.

En cuanto se terminan las curvas aparece La Victoria. En medio de un valle hay una población, no mucho más bonita que lo que he visto hasta ahora, pero con un paisaje precioso. Por la izquierda de la autopista veo la sierra boscosa, de color verde denso, frondosa, impenetrable, barrancosa y por la derecha, ya en la llanura, los

edificios bolivarianos de La Victoria y su zona industrial formando urbanizaciones, que así es como se llaman nuestros barrios aquí. Parques cuidados, colegios, zonas verdes, reclamos bolivarianos y revolucionarios... ¿cómo no? Parece un buen sitio para vivir, a pesar de todo. Me hubiera gustado visitarla. Sin embargo, continuamos hacia Maracay.

Llegando a mi hotel en Maracay, la autopista se coloca paralela y por debajo de un viaducto que se pierde en el horizonte. Toda la pinta de ser una línea de ferrocarril, como el TAV en España, pero, claro, ¿cómo va a serlo? La gente no llega a fin de mes, y esto es literal, y el Estado construye un TAV...

Efectivamente la obra se inició en tiempos del comandante Chávez y se abandonó hace años quedándose el viaducto para recuerdo de todos. Cuando pregunto por más detalles, se sonríen. Hacen chistes. Es como si quisieran dejar que me dé cuenta de las cosas por mí mismo. O como si ya estuvieran hartos de desvelarme más vergüenzas del país. Lo que quedaba claro, por lo que se veía alrededor, era que en algún momento hubo un colapso y en un país evidentemente rico y próspero se dejó de construir, mantener, cuidar, y hasta hoy.

Por fin llegamos al hotel. En la oficina me habían dado dos opciones. Uno de los hoteles estaba en las afueras de la ciudad. Cerca de El Limón. Era un auténtico resort que me recomendaron varios de mis compañeros que ya habían viajado a Venezuela y conocían ambos hoteles. La única precaución que debía tomar es que, según ellos, todo el hotel estaba pinchado por el SEBIN.

El otro estaba cerca del apartamento propiedad de Iosu. Así que, aconsejado por mi temor a quedarme aislado en caso de incidente y también aconsejado por mi jefe, me hospedé en este segundo.

Antón e Iosu se quedaban en el apartamento de este último. Un ático de lujo, con tres terrazas, ascensor hasta el interior de la vivienda... La casa de un empresario al que le han ido muy bien las cosas.

Mi hotel no estaba mal. Me condujeron con el coche hasta la cuarta planta del *parking*, donde estaba la recepción, pequeña, oscura. La habitación enorme, gigante, muy americana, aunque en tonos de madera oscura, algo rancio pero muy elegante. Cama *king size*, pantalla plana de incontables pulgadas, baño casi tan grande como mi salón de casa...

Está en medio de la ciudad, sobre un centro comercial entre dos avenidas muy concurridas y a dos manzanas de la casa de mi jefe, Iosu. Desde la habitación me podría asomar a una de las principales avenidas de Maracay. Podría, si las ventanas fueran practicables. Bueno, no había ventanas. Eran cristales a la calle. Eso me produjo cierta sensación de claustrofobia, encarcelamiento, de estar encerrado, aún en una tremenda habitación de lujo.

Me recomiendan encarecidamente no salir ni a la calle ni al centro comercial y mucho menos caminar las dos manzanas que me separaban del apartamento de Iosu. Alguien vendrá siempre a buscarme. Mañana me llevarán en coche blindado hasta la casa de Iosu para desayunar junto con Antón y después irnos a la primera reunión de trabajo en CAVIM.

Bien. *Check in*. Ceno algo en el restaurante. Me acomodo en la habitación y pongo la tele un rato para dormir. La jornada ha sido muy larga. Aquí son seis horas más que en España. Es de noche. Estoy cansado.

